

"Maestro, estudiante, aprender, enseñar"

Por DIEGO ALAMINO ORTEGA

Todos los que estamos frente a un aula queremos que nuestros estudiantes aprendan, e indefectiblemente nos embarga una sensación de frustración cuando vemos que no logramos que el educando alcance el nivel de aprendizaje que nos hemos propuesto, y si a esto se une una actitud indiferente del estudiante, la frustración se magnifica.

Superarse y actualizarse es una actividad prácticamente inherente al maestro, no solamente por los cursos, seminarios y otras actividades a las que planificadamente debe asistir, sino que el reto de enfrentarse cada día a un aula, que cada día es la misma y a la vez no lo es, le impone la autosuperación. Teniendo en cuenta los raudos avances experimentados por la ciencia y la tecnología: la robótica, la estructura del genoma humano, la clonación, la inteligencia artificial, las redes informáticas, la nanotecnología, los descubrimientos cosmológicos, veremos que al maestro le es imposible mantenerse indiferente ante un mundo que se modifica con celeridad y plantea nuevas interrogantes sobre nuestra forma de concebirlo e interpretar los cambios sociales que en él se producen. La actualización, no solo en un campo estrecho del conocimiento, es condición *sine qua non*, imprescindible, para dotar al maestro de la capacidad de realizar su función con eficacia.

Parece ser que todo lo que se ha expresado antes y que constituye una condición necesaria para el maestro, **no es suficiente** para que este alcance buenos resultados en el aprendizaje de sus estudiantes, hay que reconceptualizar el papel del maestro en el proceso de enseñanza-aprendizaje y en particular del estudiante en **su aprendizaje**. Existen programas, aparentemente muy completos, llenos de conceptos que el estudiante debe aprehender (memorizar, repetir), sin que entienda por qué y para qué. El sociólogo y filósofo francés Edgar Morin nos recuerda en uno de sus libros una frase que muy bien puede servirnos como orientación: "vale más una cabeza bien puesta que una cabeza repleta". El estudiante es un recipiente para el conocimiento, en el sentido de que es el que lo recibe, pero no debe concebirse nunca como un ente pasivo. Para que exista un aprendizaje significativo, que deje huellas, el estudiante debe participar activamente en él, consciente de lo que debe aprender, que pueda autorregular su aprendizaje y por qué no su conducta como estudiante en la escuela y como ciudadano, libre de dogmatismos e imposiciones.

Hace siglos dejamos atrás la metodología escolástica, en que la palabra del maestro no podía ser puesta en duda y que en ocasión de demostrar lo "aprendido", el estudiante repetía con todos los "pelos y señales" lo que había oído del maestro o que había leído en los libros que gozaban de la aprobación de las autoridades escolares.

Hoy el maestro en primer lugar debe convencer al estudiante de la pertinencia del conocimiento que le presenta, **contextualizarlo**: con argumentos, datos, comentarios históricos, significado de su repercusión social. Todo lo que se enseña en la escuela en

mayor o menor medida tiene un significado para la vida, desde la aparentemente abstracta matemática hasta la menospreciada ortografía, sin dejar a un lado el cultivo de los valores morales y sociales. La libertad de actuar en la vida nos lo da el conocimiento, lo hemos repetido muchas veces parafraseando a Martí: ser **cultos** para ser libres. Esta cultura de que nos habló el Maestro no es un enciclopedismo estéril, es **cultura funcional**, que nos permite ser prósperos, vivir en armonía con los demás y con el entorno. La filosofía marxista-leninista también asocia la libertad con el conocimiento cuando expresa que: la libertad es el actuar con **conocimiento** de causa. Llegar a una encrucijada de caminos y poder tomar por cualquiera de ellos no significa que tengamos libertad de elección, somos libres cuando podemos valorar qué nos entraña cada uno de los derroteros y estamos preparados para enfrentar el que ha sido de nuestra elección.

Claro está que con la celeridad actual del crecimiento de la información, no es posible, como sucedía en otros tiempos, llevarle al aula al estudiante todo lo que le hace falta para la vida, inclusive con el uso de los más depurados medios técnicos, que venido al caso, no pueden minimizar la relevancia del papel del maestro; actualmente hay que enseñar al estudiante a **aprender a aprender**. Esto hace que ya el maestro no pueda enseñar al alumno del modo en que él aprendió, debe romper con ese patrón de conducta, lo cual puede resultar un reto, pues se hace más lo que se vio hacer que lo que le se dice que se haga. Como antídoto contra el inmovilismo del pensamiento es necesaria la familiarización con las nuevas tendencias de las ciencias pedagógicas, que ya aparecen en los artículos de prestigiosos pedagogos cubanos y de otras latitudes y muy particularmente reflexionar (reflexión epistemológica) acerca de lo que significa en las condiciones actuales **ser maestro, ser estudiante, aprender y enseñar**.

El ambiente escolar debe ser propicio para que el estudiante sienta gusto por permanecer en la escuela, en su aula, en la biblioteca y en todas las actividades en que participa. La organización escolar debe atender a las reconocidas normas de la higiene escolar, evitando fatigar al estudiante o predisponerlo para el aprendizaje, esto también forma parte del **aprender a aprender**.

La familia, célula fundamental de la sociedad, debe estar también advertida de los raudos cambios que por exigencias de la nueva relación **estudiante-maestro-conocimiento** se introducen en nuestras escuelas, y no por *snobismo* o porque se esté experimentando a ciegas sin una debida fundamentación pedagógica. Existe una realidad objetiva cambiante que nos compele a transformar nuestra forma de apropiarnos de esa realidad objetiva y la familia debe conocer que la escuela a donde su hijo asiste ya no es la escuela a la que ellos asistieron, llevar estas ideas a la familia debe ser afán del maestro.

Para concluir y a la vez motivar análisis posteriores, citemos unas palabras de Moacir Gadotti, tomadas de la Enciclopedia de Historia de las ideas Pedagógicas, que pueden proyectar luz sobre el asunto que hemos tratado: "Un día pasaremos toda nuestra vida en la escuela: un día pasaremos toda nuestra vida en contacto con el mundo, sin nada que nos separe... Ese día educarse será sinónimo de aprender a querer progresar, a mejorar; ese día educar no será sinónimo de formar y mantener hombres a medio camino de sus posibilidades de florecer, sino al contrario se abrirá a la esencia y a la plenitud de la propia existencia".